
Miguel Hernández: una mística social se levanta

Luís Alberto Bracho

Alvira Macht de Vera y Timoteo Vera, por las tardes infinitas, por las sonrisas y los sueños compartidos, por el aroma de flores y por su amistad fraterna.

La obra poética del español Miguel Hernández se encuentra vinculada fundamentalmente con el sentir del pueblo que participo y padeció la guerra civil española. En la producción de este poeta encontramos una relación directa entre el artista y el conflicto armado. Esta atmósfera bélica funge como telón de fondo a su creación, y es desde ahí que configura un discurso de la tierra, una mística. La fuerza de la poesía hernandiana es expresión que retumba y se vuelve eco en el otro. El diálogo con ella es una experiencia de cercanía con la tensión producto del jugarse la vida, de encontrarse en vilo ante el acecho del abismo.

La conversación que entablamos con la poesía de Hernández tiene como pretexto preguntar por el modo de ser de su creación poética. El horizonte comprensivo gadameriano es el piso desde el cual dialogaremos, pues nos permite experimentar la obra de arte como una totalidad de sentido independiente tanto del autor como del receptor. Esta estética planteada por Gadamer concibe a la obra de manera autónoma, ello implica una posibilidad de vivenciar el “ser estético” de la producción artística, donde el creador se convierte en una referencia más. La interacción con la cosa creada se vuelve experiencia transformadora, porque es una vía hacia la comunión, hacia el encuentro consigo mismo.

Esta perspectiva constituye una mirada estética que se diferencia sustancialmente del planteamiento de Nietzsche, puesto que para él la pregunta por el arte tiene que comprenderse desde el artista, desde su Bios y existencia. El arte concebido como “la forma más elevada de la voluntad de poder” se vuelve “contra-

movimiento frente al nihilismo”. En este sentido, el arte es la posibilidad de una “transvaloración de los valores”. Sin embargo, la concepción de Gadamer se aleja de este punto de vista, él por medio del “concepto de juego” fundamenta su concepción estética.

El arte concebido como “*la forma más elevada de la voluntad de poder*” se vuelve “*contra-movimiento frente al nihilismo*”.

El movimiento de vaivén del juego artístico cuando “alcanza su verdadera perfección, la de ser arte”, se entiende como la “transformación en una construcción”. Es precisamente este giro es el que le concede autonomía a la obra de arte, puesto que “se convierte de golpe en otra cosa plenamente distinta” a lo que era. El “giro ‘transformación en una construcción’ quiere decir que lo que había ya no está ahora. Pero quiere decir también que lo que hay ahora, lo que se representa en el juego del arte, es lo permanentemente verdadero.” (Gadamer, 1993: 155). Esto significa que la creación artística se muestra separada tanto del autor como del receptor. En otras palabras, lo que accede a la representación es el modo de ser de la obra de arte, esto es, su “ser estético”.

La autonomía de la producción artística nos permite vivenciar, en el contexto de la experiencia del arte, su modo de ser. En otros términos, nuestra indagación intenta mostrar como la “mística social” se configura como el modo de ser de la obra poética de Miguel Hernández. El vocablo “mística” lo entiendo como un conocimiento directo e intuitivo que surge del contacto con una realidad esencial. La “mística social” se vuelve representación a través de dos vertientes: la ideología marxista y la de la tierra.

La ideología marxista, en términos aristotélicos, es accidente pero no esencia, ella nutre la poesía de Hernández y le permite reflejar el estado de opresión en que se

encontraba el pueblo español. Sin embargo, esta es una fuente de creencia, es producto de la interacción con allegados y militantes del partido comunista. Esta adhesión al marxismo es motivada más por la fe y esperanza de instaurar una forma de vida digna, libre e igualitaria, que por una persuasión argumentativa y razonada. Es por ello que Hernández nos dirá en Otros Poemas:

Salta el capitalista de su cochino lujo,
huyen los arzobispos de sus mitras obscenas,
los notarios y los registradores de la propiedad
caen aplastados bajos furiosos protocolos,
los curas se deciden a ser hombres
...
viendo a mi hermana helarse mientras lava la ropa,
viendo a mi madre siempre en ayuno forzoso,
viéndoos en este estado capaz de impacientar
a los mismos corderos, que jamás se impacientan.

La miseria, la pobreza, el hambre, la explotación y la injusticia social configuraban la condición de vida del campesino en la España de los años treinta. Un sistema semi- feudal sustentaba este estado de cosas, pero a su vez se convirtió en caldo de cultivo del comunismo y del anarquismo. No podemos negar que en esta poesía “épica- lírica” se percibe la creencia de la superación de las desigualdades sociales y económicas, es decir, la de alcanzar un estadio mayor de bienestar para todos. Y nos preguntamos ¿cómo una poesía no se va inflamar de tanto sentir de pueblo, si ella es voz y eco del silencio?

La vertiente “místico- revolucionaria” se cristaliza en un conjunto de poemas que reflejan una situación social crítica y de la cual no se puede ser ajeno. Esta fuerza surge de la sensibilidad social que encuentra una expresión de tinte rojo, cuyos matices tienen una misma raíz: el compromiso y una conciencia social despierta. Hernández en Poemas Suelos IV, nos dirá de una forma brutal y descarnada:

Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras:
siempre tuve regatos,

siempre penas y cabras.

Me vistió la pobreza,
me lamió el cuerpo el río,
y del pie a la cabeza
pasto fui del rocío.

Por el cinco de enero,
para el seis, yo quería
que fuera el mundo entero
una juguetería.

Y al andar la alborada
removiendo las huertas,
mis abarcas sin nada,
mis abarcas desiertas.
Ningún rey coronado
tuvo pie, tuvo gana
para ver el calzado
de mi pobre ventana.

Toda la gente de trono,
toda gente de botas
se rió con encono
de mis abarcas rotas.

El tono y la cadencia en la poesía hernandiana reflejan un sentir que grafica una “mística social” en su vertiente ideológica. Sin embargo, en esta producción poética encontramos pocas alusiones directas al marxismo. Esto supone que el comunismo no era, estrictamente, el centro desde donde se comprende la realidad. Por el contrario, esta concepción ideológica la precede un sentimiento menos enajenado y más fuerte: el de la tierra.

La teoría marxista- leninista se percibe como reflejo de la toma de conciencia social y la posibilidad de construir utópicamente una sociedad más igualitaria y digna. El compromiso político de Miguel Hernández se centra en el amor y en el apego sincero a su gente, esto significa que en su poesía no encontramos el discurso del político ramplón y utilitario que se apro-

vecha del pueblo para escalar y alcanzar instancias de poder que le permitan satisfacer las metas personales y las de su grupo. Esto evidencia, aún más, el carácter accidental de la vertiente ideológica en la obra poética de Hernández, porque en su poesía prevalece el sentir profundo por su tierra y su gente. Con esto no estamos negando la presencia de lo ideológico en su poesía, sólo queremos señalar que el sentir de la tierra se materializa en la relación del hombre con la naturaleza, sentimiento que encontramos priorizado por encima de la concepción marxista. Esta condición se aprecia aún más en la poesía que surge en el desarrollo del conflicto armado.

En plena efervescencia de la guerra civil española aparecen dos textos: Viento del pueblo y El hombre acecha, los cuales retratan la tensión, la angustia de un pueblo que lucha por su libertad, por la construcción de una sociedad más justa para todos. Es quizás, en estos dos poemarios que encontramos representado plenamente la “mística social” que configura el modo de ser de la obra poética de Hernández. El poema “Aceituneros” refleja bellamente el orgullo y la dignidad del hombre en su relación íntima con la tierra:

Andaluces de Jaén,
aceituneros altivos,
decidme en el alma: ¿quién,
quién levantó los olivos?
No los levantó la nada,
ni el dinero, ni el señor,
sino la tierra callada,
el trabajo y el sudor.

Unidos al agua pura
y a los planetas unidos,
los tres dieron la hermosura
de los troncos retorcidos.

Levántate, olivo cano,
dijeron al pie del viento.
Y el olivo alzó una mano
poderosa de cimiento.

...
Vuestra sangre, vuestra vida,
no la del explotador
que se enriqueció en la herida
generosa de sudor.

No la del terrateniente
que os sepultó en la pobreza,
que os pisoteó la frente,
que os redujo la cabeza.

¡Cuántos siglos de aceituna,
los pies y las manos presos,
sol a sol y luna a luna,
pesan sobre vuestros huesos!

Jaén, levántate brava
sobre tus piedras lunares,
no vayas a ser esclava
con todos tus olivares.

Es apreciable la mística que se erige sobre la base del sentimiento por la tierra, donde el hombre en armonía con ella se dignifica. La representación de este sentir es la verdadera fuente del misticismo hernandiano y de su estética. La vinculación íntima del hombre y el medio natural establece un equilibrio dignificador, puesto que el sujeto en su relación con la naturaleza se reconoce en el otro y en su hacer. El carácter místico toma cuerpo porque el hombre y la tierra se vuelven una realidad esencial, en cuanto que el primero trasciende su condición al reconocerse como parte de la tierra. Esta visión suprime el principio moderno de dominación y control de la naturaleza, puesto que se trata de un “estar en el mundo” conciliado con lo otro.

En Viento del pueblo y El hombre acecha se percibe una relación esencial del sujeto con la tierra, la cual es reflejo del éthos que constituye el carácter del hombre. Esta “segunda naturaleza” o modo de ser adquirido (éthos), maximizado por Miguel Hernández, se convierte en misticismo, ya que el hombre se vuelve “viento”, “olivo”, “montaña”, “pradera”, “toro”, “ba-

ro” y sobre todo “sangre”. Es por ello que el poema al hablarnos de los días de mayo nos dirá:

No sé qué sepultada artillería
dispara desde abajo los claveles,
ni qué caballería
cruza tronando y hace que huelan los laureles.

Sementales corceles,
toros emocionados,
como una fundición de bronce y hierro,
surgen tras una crin de todos lados,
tras un rendido y pálido cencerro.

Mayo los animales pone airados:
la guerra más se aira,
y detrás de las armas los arados
braman, hierven las flores, el sol gira.

Hasta el cadáver secular delira.

Los trabajos de mayo:
escala su cenit la agricultura.

Aparece la hoz igual que un rayo
inacabable en una mano oscura.

A pesar de la guerra delirante,
no amordazan los picos sus canciones,
y el rosal da su olor emocionante
porque el rosal no teme a los cañones.

Mayo es hoy más colérico y potente:
lo alimenta la sangre derramada,
la juventud que convirtió en torrente
su ejecución de lumbre entrelazada.

El carácter místico nos dice que “pueblo y tierra constituye una sola unidad. En el paisaje existe el ‘paisanaje’, el hombre que lo habita y lo humaniza” (Macht de Vera, 1973: 125). El hombre es colocado en una posición trascendente, ni la muerte ni el sufrimiento lo

aniquilan, porque vuelve a la tierra y ahí vive sin pesar, sin hambre, sin frío y sin sufrimiento. Esta “muerte que no mata” es ya destino. Un poema nos habla y nos dice como es el final en el combate:

Caídos sí, no muertos, ya postrados
titanes,
están los hombres de resuelto pecho
sobre las más gloriosas sepulturas:
las eras de las hierbas y los panes,
el frondoso barbecho,
las trincheras oscuras.

Siempre serán famosas
estas sangres cubiertas de abril y de
mayos,
que hacen vibrar las dilatadas fosas
con su vigor que se decide en rayos.

....

Bajo el gran resplandor de un mediodía
sin mañana y sin tarde,
unos caballos que parecen claros,
aunque son tenebrosos y funestos,
se llevan a estos hombres vestidos de disparos
a sus inacabables y entretejidos puestos.

No hay nada negro en estas muertes claras.
Pasiones y tambores detengan los sollozos.
Mirad, madres y novias, sus transparentes caras:
la juventud verdea para siempre en sus bozos.

La muerte de hoy, mañana es posibilidad de encuentro y de vida. Es por ello que la batalla, en el contexto del misticismo hernandiano, se concibe como la oportunidad de alcanzar una reivindicación social y es una manera de restituir la armonía entre el hombre y la naturaleza. El éthos cuando habla en la guerra se expresa en términos de heroísmo, de valentía, de dignidad. Esta “segunda naturaleza” es un sentimiento que, en la poesía de Miguel Hernández, se eleva a la segunda potencia y se constituye en un misticismo social. Pero a su vez, este sentir se hace representación,

y a través de ella es que podemos acceder al modo de ser de la obra poética.

Su “ser estético” se configura y cristaliza en la relación íntima con la unidad que conforman pueblo y tierra. En otras palabras, cuando conversamos con la obra, su “ser estético” se devela, en tanto representación, y nos habla desde la “mística social”. Esta vivencia se vuelve significativa porque es posible reconocernos e interpretarnos, la fuerza transformadora de esta experiencia reside en el hecho de que en algo nos cambia, y nos revela caminos comprensivos de encuentro y de comunión consigo mismo. Habitar el misticismo social de Miguel Hernández es una experiencia que nos sacude, nuestro ser no queda intacto, incólume. El cambio experimentado nos conduce a un conocimiento más profundo de sí mismo, en tanto nos reconocemos en lo que identificamos como propio.

La guerra civil española exacerbó y alimentó el misticismo social en Miguel Hernández, pero esta gesta armada trajo consigo un sufrimiento profundo para los que participaron y para aquellos que sintieron la cercanía de la garra del vencedor. La “mística social” hernandiana hecha poesía posibilitó que el espíritu de tanto joven combatiente sobreviviera al conflicto bélico. Éste persiste como recuerdo de un imaginario preñado de esperanzas y sueños que se precipitaron por uno de esos barrancos de silencio innombrable... fracturando la mirada de un pueblo.

Esta “mística social” sobrevivió a la guerra, al tiempo, a la indiferencia, a la agonía, a la hojarasca, al frío que hiela los huesos, al viento tempestuoso de los altos picos de España; se erigió como copla melodiosa que acompañar a los “caídos sí, muertos no”. Esta “muerte que no mata” sobrevino en risa y llanto; la vena hinchada, airada, no cesa de brotar abriles y mayos; la sierra y los olivos, aún, celosamente retienen el eco de aquel místico que de trinchera en trinchera esparcía raciones de esperanza entre verso y verso. ■

Bibliografía

- Gadamer, H. G. (1993). *Verdad y Método V. I y V. II*. Salamanca: Ediciones Sígueme. Quinta edición.
- Heidegger, M. (2000). *Nietzsche*. Barcelona, España: Editorial Destino.
- Hernández, Miguel (1960). *Antología*. Selección y prólogo de María Gracia Ifach. Buenos Aires: Losada.
- Macht de Vera, Elvira (1973). *Miguel Hernández: Poesía y Mística Social*. Centro de Estudios Literarios-UCV.